

¿Esto es todo lo que tenemos?

María de los Ángeles Pernía

Estudiante de quinto semestre de Licenciatura en Psicología en la Universidad Católica Andrés Bello. Exalumna de Teorías y sistemas en psicología, cátedra que cursó en su segunda entrega.

“¿Por qué la verdad primero nos falta, y luego nos sobra y nunca nos basta?
Para mí es evidente que quien busca y requiere la verdad
no carece de imaginación, ni muchísimo menos de coraje.
Tampoco padece cualquier grado de ineptitud ante el asombro o la maravilla poética:
porque lo verdaderamente asombroso poético
no es que arda lo que nada enciende,
sino que sepamos como algo se enciende y arde”.

Fernando Savater – *El valor de elegir.*

¿Por qué estudias psicología? Esa fue la primera pregunta que me hicieron cuando estaba iniciando en esta carrera hace dos años aproximadamente. Es difícil contestar a esa pregunta. “Por curiosidad profe, por aprender cómo funciona la mente”, respondí. Esta pregunta marca la historia de cualquier alumno que cursa su primer semestre en esta universidad. ¿Por qué estudias psicología? Hoy día, dos años después de ese primer contacto con la vida universitaria, he podido presenciar muchas respuestas. Pero hay algo en particular que esa pregunta me hizo entender y que quiero compartir. En lo que respecta a mi persona, esa pregunta tiene que ver con una búsqueda, una búsqueda de algo que es intangible. Una búsqueda de respuestas sin pregunta, pero que vive inherentemente dentro de cada persona. Esa búsqueda de respuestas ha estado presente a lo largo de la vida de la persona que les habla. Como el niño perdido que busca a su mamá y no la encuentra, como la mujer o el hombre que vive toda su vida esperando una pareja que sea perfecta, o como el niño que pasa toda su vida esperando que su madre le responda cómo es Dios. De cualquier manera, es una búsqueda que, aunque probablemente a los ojos de las personas que ven la vida como una rutina desde que nace hasta que muere sea imposible de encontrar, aún tengo presente en mi vida todos los días, y por esa única razón sigo buscando.

Esas respuestas eran buscadas por mí en esta carrera. Durante ese primer semestre, la mayoría de las cosas que veía me generaban ruido y una actitud no tan positiva, sino más bien neutra con respecto a lo que escuchaba. ¿Por qué? Porque así como la búsqueda está inherentemente dentro del ser humano, éste tiene la capacidad de conocer cuándo se está caminando hacia la dirección que realmente va acorde a eso que quiere encontrar y cuándo no. Al final de ese primer semestre pude haber desistido, pude haber soltado las riendas porque, en ese momento, no me iban a llevar a ningún lado. O si me llevaban, conducían hacia un destino que no estaba relacionado, en absoluto, conmigo. En este punto, sé que lo que cualquier persona, hedonistamente hablando, podría decidir al respecto es dejar la carrera. Sin embargo, hubo una frase dentro de toda esa coyuntura de pensamientos que surgían sobre mí que me cautivó, fue una frase dicha por el Profesor Raúl Pérez quien, en ese momento, se encontraba dando clases de Introducción a la Psicología General: “El psicólogo parte de la creencia de que todo ser humano puede cambiar”. Esta frase no tiene relación directa con mi decisión de seguir, sino con mi capacidad de asombro ante la escucha de unas palabras que resonaban en mis oídos y me ayudaban a entender que aunque esta carrera tuviese muchos aspectos que no fueran acorde a mis tan anheladas respuestas, en esta carrera los que la estudiamos podemos partir de la creencia de que un ser humano puede cambiar, puede mejorar.

Debido a esa búsqueda insaciable, hemos encontrado una forma de despertar esa respuesta dentro de nosotros y la hemos convertido en admiración, según mi perspectiva. Una admiración por las cosas que van ligadas a esa respuesta que buscamos. Una admiración, una maravilla que va más allá de lo que probablemente otros han visto. Dichosos los que se maravillan, porque pueden encontrarse a sí mismos a través de lo que admiran.

En este punto estaba en segundo semestre cuando, por primera vez, pude encontrar identificación real con las palabras que mencionaba algún profesor. Resulta que había un psiquiatra austriaco que estuvo durante años sometido en un campo de concentración nazi, en la segunda guerra mundial, y que escribió durante esos años su experiencia en esos campos. Este hombre dirigió su atención hacia la enorme cantidad de prisioneros que se suicidaban constantemente ante esta situación, situación que lo llevó a preguntarse por las razones o motivos que hacen que una persona sea capaz de sobrevivir a atrocidades como las que él vivió, frente a aquellas que hacen que otra persona ante la misma circunstancias decida acabar con su vida misma. Lo que pude contemplar en esa clase fue una experiencia diferente a cualquier otra que hubiese podido presenciar antes. Sí, les estoy hablando de Viktor Frankl.

El sentido de la vida, dice Frankl, es lo que debemos descubrir para no dejarnos tumbar ante cualquier mínima adversidad. Yo hablo de buscar y él habla de descubrir. La figura de Viktor Frankl no se lleva el mayor peso de la identificación que tuve con esa clase, en absoluto. Es su ideal, su filosofía, su pensamiento lo que puedo admirar de él, porque yo lo estaba buscando mucho antes de conocerlo y sólo por eso pude reconocerlo. Se podría decir que esa búsqueda es una búsqueda de la verdad, una búsqueda de para qué fue hecho el hombre desde un principio. La naturaleza es un ejemplo de esto. Hay árboles, que dan frutos como limón o naranja, otros árboles que, simplemente, no dan frutos. No se ve a un árbol de limón dando un fruto como naranja. ¿Por qué? Porque cada uno es distinto, cada árbol tiene una función, cada árbol tiene un propósito que probablemente no tenga relación con el árbol que está plantado a su lado. Las personas son así, únicas, con un propósito.

Para mí el ser humano es como una flor en un capullo que está esperando que la despierten para poder abrirse. Ese despertar puede ser el encuentro con un propósito real, un propósito de vida, un sentido de vida por el cual vale la pena no morir. Para mí, el ser humano que vive sin eso es como una flor que nunca llegó a abrir, una flor que nunca despertó y que nunca se dejó ver.

Todo esto ocurrió por una clase de Historia, llamada Teoría y Sistemas, todo esto ya estaba escrito, todo esto que me dio un espacio para poder expresar cosas que un estudiante de psicología por lo general no expresa y no se atreve a decir. Lo que quiero decir con esto no es que busquen sin cesar algo por buscarlo simplemente, ni mucho menos que tomen esto como una verdad absoluta porque no lo es. Este espacio se creó desde un principio, según mi perspectiva, para transmitir algo que nunca antes se ha transmitido, pero también es una salida. Este espacio para mí es como un pez que estando fuera del agua, vuelve a sumergir su cabeza dentro de ésta y logra tomar el oxígeno que le va a ayudar a respirar por un poco más de tiempo.

La psicología para mí es una carrera que se puede contar dentro de las mejores carreras que se haya dado en alguna universidad. Con todo lo dicho anteriormente no trato de desmentir, de destituir o de degradar ninguna teoría psicológica, porque cada una de alguna manera da conocimientos útiles que funcionan en los seres humanos y que hoy día se practican y se aplican. No quiero caer tampoco en la idea de que “todo es relativo”; lo que quiero decir, es que para mí, Ángeles Pernía, el ser humano es mucho más que neuronas haciendo sinapsis, o que conductas que han sido condicionadas previamente, o que simplemente un almacén de memoria. Es obvio que el ser humano

cuenta con todas estas cosas mencionadas anteriormente, pero no es únicamente eso. El ser humano es muchísimo más de lo que nos han enseñado que es.

Todo esto está enmarcado por dos preguntas, que sin intención previa podrían estar conectadas entre sí. Una de ellas es: ¿por qué estudias psicología?, y la otra: ¿para qué vinimos al mundo? En nuestra singularidad, sin ánimos de generalizar quizá nos preguntemos: ¿es esto todo lo que tenemos o hay más? Es una pregunta que siempre me hago, quizá por lo que llamamos propósito o sentido. Se dice que la psicología nació en Venezuela como un sentido de orientación vocacional, que se creó para eso. Aunque hoy día ese no es el único propósito de la psicología en nuestro país, siento que la mayor parte de los estudiantes que empezamos a cursar esta carrera tenemos, inherentemente, esa misma inquietud que impulsó a la psicología venezolana hace 60 años. Esto no lo he descubierto yo sola, esto es el resultado de un trabajo en equipo del cual son testigos principales Rafael López y la Prof. Kaira Gamez, con quienes Dios me ha dado la oportunidad de estructurar este escrito, y con quienes comparto ideas a las que hemos venido dándole significado y cuyo resultado es esto que ustedes, no por casualidad, están oyendo aquí hoy.

Mi interés en este espacio dentro de la primera Jornada de Historia de la Psicología en la UCAB viene dado por construir un espacio ameno para esas personas que sienten que esta carrera es una maravilla por sí sola, pero que no llena algunas expectativas que en mayor o menos medida estamos buscando llenar. Para mí este espacio es un respiro porque da la oportunidad de que por primera vez en mi estadía en esta carrera, pueda expresar lo que dentro de mis entrañas estaba a punto de salir, pero que como un pez nadando en contra de la corriente, era sólo un pensamiento sin manifestarse. Porque en concordancia con lo escrito al principio de este texto, al descubrir un sentido, al encontrar un propósito, al despertar y abrir ese capullo como una flor que resplandece a toda costa, sólo quiero que se queden con unas palabras dichas por Plutarco: “El cerebro no es un vaso por llenar, sino una lámpara por encender”. No nos falta nada, todo lo que queremos está dentro de nosotros, sólo tenemos que despertarlo, razón por la que yo diría de otra manera la enseñanza de Plutarco: “La mente no es un vaso por llenar, sino una lámpara por encender”.

Muchas Gracias